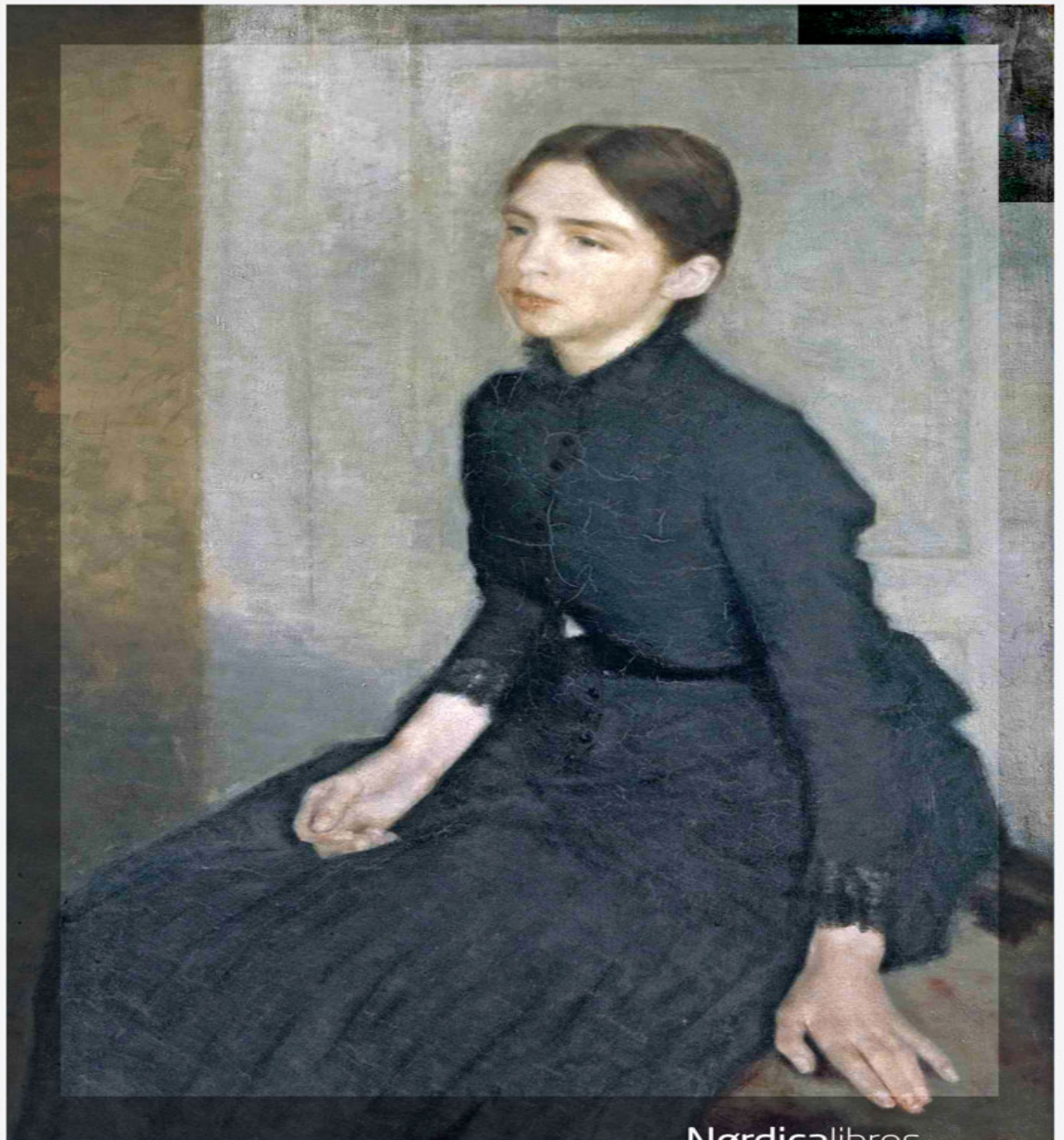




La habitación muda

Herbjørg Wassmo

Traducción de Cristina Gómez Baggethun



LA HABITACIÓN MUDA

Herbjørg Wassmo

Traducción de Cristina Gómez Baggethun



Título original: *Det stumme rommet*

La traducción de este libro ha sido financiada por NORLA

© Gyldendal Norsk Forlag AS 1983

© De la traducción: Cristina Gómez Baggethun

Edición en ebook: octubre de 2015

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B 28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-16440-33-7

Diseño de colección: Filo Estudio

Corrección ortotipográfica: Ana Patrón y Susana Rodríguez

Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Herbjørg Wassmo

Escritora noruega. Trabajó como profesora en el norte del país. Es una de las narradoras más importantes de los países nórdicos y el éxito le llegó con su primera novela, *La casa del mirador ciego*, primera parte de la *Trilogía de Tora*, que ahora publicamos y a la que seguirán las otras dos entregas.

Este libro fue nominado al Premio de Literatura del Consejo Nórdico y obtuvo el Premio de la Crítica. Con la segunda parte ganó el Premio de los Libreros y, finalmente, en 1987 consiguió el premio del Consejo Nórdico con el último libro de la trilogía. Wassmo, además, recibió en 1998 el Premio Jean Monnet.

Entre sus obras destaca también la *Trilogía de Dina*, que fue llevada al cine en 2002.

Contenido

Portadilla

Créditos

Autor

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

Contraportada

I

¡Estruendo! ¡Estruendo y más estruendo! Su corazón era un monstruo que la engullía.

Intentó incorporarse. Quiso recolocarse la almohada detrás de la espalda para ayudar al cuerpo a adoptar una postura erguida. Pero no encontró ninguna almohada.

¡Aire! Se reclinó contra el cabecero de la cama para acelerar la inhalación.

Creía que estaba en el dormitorio del desván de Bekkejordet, en casa de la tía Rakel y el tío Simon. En la cama blanca. Con la lámpara rosa en la mesilla a su vera. ¡Sin duda! Reconocía el sitio. Pero no...

La boca se le abrió del todo. Jadeó. Se sintió un poco mejor. Qué raro que la lamparilla rosa luciera esta noche de modo tan inquieto. Se agitaba como una aurora boreal...
O...

¿Dónde se encontraba? Cara y garganta. Sudor. Un olor agrio y sofocante. Y resultó que no estaba en Bekkejordet y que tampoco era la lamparilla. Era la caja. La caja junto a la pared del almacén de Tobias. Se había deslizado de la caja. Y junto a la puerta estaba la cara de *él*, que crecía hacia ella y se filtraba hacia el interior de su corazón estruendoso. Crecía más y más. Notó que estaba a punto de rendirse, que simplemente se iba a entregar. Pero no, no podía hacer eso.

¿Sería entonces que estaba muerto? ¡Eso! Lo levantaron y lo tumbaron sobre la puerta que habían descolgado de las bisagras, intentaban reanimarlo. Intentaban sacarle el agua salada. ¡Pero no lo conseguían! Nadie lo conseguía. Porque Tora había dejado que flotara entre los racimos de algas.

Había dejado que se ahogara. Nunca volvería a bañarse en el mar. Si tan solo pudiera recuperar la respiración...

—Querido Dios, recuerda que no llevaba más que calcetines. Avanzaba muy despacio... por eso no llegué a tiempo...

Él había recuperado la cara y esta relumbraba azulada hacia ella; viejas raíces de barba oscura. Tenía los ojos cerrados, pero abiertos. Tora veía claramente sus dientes blancos y fuertes entre los labios azulados y medio abiertos. ¡Así que estaba muerto!

Ahora se encontraba en lo alto del andamio del edificio del muelle del tío. El viento le acariciaba la piel, por todas partes. Y las botas caían y caían. ¿Caían? No, era ella la que caía. Caía hacia el interior del arco iris, hacia el interior de los sonidos de la flauta, hacia el fuego. Pero era *él* quien estaba muerto.

¿Sería que las personas no podían ver morir a alguien sin deshacerse de lo malo que se interponía entre ellas?

¡Entonces no podía estar muerto!

Por fin pudo mirarle a la cara sin volverse hacia otro lado. Era una cara normal de hombre, como las que veía en el Pueblo todos los días. La cara de un hombre cualquiera. Completamente normal... y de esas de las que había que defenderse.

Y por fin recuperó la respiración. Poco a poco su corazón se fue calmando. Todo desapareció en una oscuridad rotante y vaporosa.

Entendió que se encontraba junto a la encimera de la cocina. Su madre mantenía un paño sobre su cara. Las náuseas no suponían un problema. Ya las había sentido antes. Agarró la mano de su madre y no quería soltarla. Tenía la sensación de que en la habitación flotaban muchas palabras que nadie había pronunciado. La oscuridad del

exterior era como una pared contra la ventana abierta. Sentía una corriente bendita. Fresca. Saludable.

La madre estaba pálida, pero no desconcertada. Tenía algo que hacer. Se había enfrentado a cosas peores que un desmayo.

Ese fue el día en que vinieron a buscar a Henrik Toste y se lo llevaron a presidio por incendiar la factoría y los dormitorios para pescadores de Simon Bekkejordet. Fue el día en que Tora le contó a Ingrid que las bayas de Vetten estaban maduras.

Los almacenes de Simon no estaban en llamas y ella no se encontraba en la alcoba de Bekkejordet, sino junto a la desgastada encimera de la cocina del Hormiguero. Tora se apoyó pesadamente contra el mueble. En torno a los tiradores de las puertas de los armarios ya no quedaba pintura. La madre prefería restregarla y dejar la madera desnuda antes que ver la suciedad vieja.

Hasta ese momento Tora no entendió lo que había sucedido. Aquello le reventó la realidad. Durante media hora fue incapaz de hablar. Ingrid se lo tomó con calma e iba y venía. En tres ocasiones cogió agua fría y fresca del grifo y se la dio a beber a su hija aunque ella no lo pidiera.

Sobre las seis, la mujer empezó a prepararse para el turno de noche en la fábrica de fileteado. Fue cogiendo sus cosas con calma y su voz sonó normal cuando le pidió a Tora que se quedara tumbada hasta que volviera. Tora asintió con la cabeza. Tenía las mejillas coloradas. A Ingrid le inquietaba tanto color. No era propio de Tora. ¿Quizá debería llamar al médico a pesar de todo?

¿Debería mandar recado a la fábrica para que buscaran a alguien que la sustituyera esa noche? Pero no, esa noche no. Tenía que pasar el trago. ¡Precisamente esa noche! Así tendría que ser y Tora tendría que apañarse por su cuenta. Era fuerte.

—¿No tendrás fiebre?

—¿Fiebre? ¿Por qué? —la voz de Tora sonó apagada, pero no como para pensar que fuera algo realmente serio.

—Bueno, porque entonces debería quedarme en casa, ¿no?

—No, no tengo fiebre.

Tora comprendía.

Elisif la del desván había mandado a Sol con una nota para Ingrid. Decía que si Ingrid necesitaba edificarse, esa misma noche estaba invitada a arrodillarse en el templo. Ingrid no contestó y acudió al turno de noche de la fábrica al que estaba apuntada.

Bajó tan aprisa al Pueblo que llegó sudando, pese a que no había lugar al que tuviera menos ganas de ir. Se puso el delantal blanco y el pañuelo. Solo le tembló un poco la mano cuando se sentó ante la mesa con las cajas y el celofán. Todos los ojos se fueron volviendo hacia ella a medida que las chicas se fueron sentando.

Luego llegaron los hombres, también ellos tenían ojos. Ingrid no levantaba la vista. Simplemente esperaba, con la mirada clavada en la plancha de acero.

Su rostro era una máscara.

Si hubiera levantado la vista, quizá habría encontrado alguna mirada que ni era hostil ni se regodeaba en su desgracia. Pero Ingrid había colocado una cápsula a su alrededor.

Esperaba sentada, con la espalda encorvada, y entonces llegó el pescado.

Y ella aceleró el ritmo y se transformó en un demonio. Ya en la primera pausa de cinco minutos le pidieron de malas maneras que bajara el ritmo. Una chica joven y sin experiencia sustituía a Grete. Anlaug se llamaba. Pero

Ingrid pensó: Que se apañe sola. Que se espabile. Que aprenda ella también las leyes del Pueblo.

Una vez pasadas las cinco horas del turno, Ingrid cogió su abrigo junto con las otras tres mujeres de su cuadrilla de empaquetado. Hansine se tambaleó un poco al ponerse los botines de goma. Estaba bastante pálida.

—¿Estás enferma? —le preguntó Anlaug.

Ingrid notó que Frida la miraba de reojo. Se dio prisa al ponerse el pañuelo y enroscó la tapa al termo con los dedos rígidos. Había algo en el ambiente.

—No, enferma exactamente no estoy. Solo cansada — Hansine se apoyó contra la pared. Ingrid vio que le corrían lágrimas por sus mejillas grises; fue como si eso la despertara. Algo se le removió por dentro. Algo que llevaba mucho tiempo aplastando.

Claro que había visto la tripilla redondeada de Hansine. Estaba ya de cinco o seis meses y tenía otros tres críos de antes. Los había tenido muy seguidos. Apenas hacía un año que se había incorporado tras su último parto. Ingrid recordaba que, al principio, se había sacado leche del pecho en las pausas de cinco minutos. Hansine estaba llorando.

—Ven conmigo, anda, que te llevo a casa en bicicleta — dijo Frida cogiendo las cosas de Hansine y metiéndolas en su bolsa de reddecilla.

Las severas miradas se clavaron en la nuca de Ingrid. Notó su escozor. Quiso volverse y decirles que era verdad que había acelerado el ritmo gratuitamente. Quiso tenderles la mano. Pero no fue capaz. Nunca había sido una de ellas. Tampoco se entrometía. Quería demostrarles que podía estar fuera y apañarse igualmente. Luego cayó en la cuenta de que era así como las dividían, aquellos que siempre ganaban con todo. La gente como el Dahl.

En cuanto los buques zarpaban con un número determinado de toneladas de filetes a bordo, cerraban el monedero. Era verdad lo que predicaba Grete: ¡empaquetabas por un sueldo de mierda a no ser que trabajaras con la lengua fuera!

Eran ellos los que impedían que las amistades sobrevivieran en la angosta sala de café llena de humo, con su mesa de Respatex desnuda y su cenicero de metal calcinado con el dibujo de la Fábrica de Cerveza de Bodø. Eran ellos los que procuraban que faltara tiempo para dedicarse alguna palabra amable. ¡Solo dejaban lugar para la lucha por mantener el ritmo! ¡Ay, Ingrid!, decía una voz en su interior. ¿De verdad se trata de eso esta noche? ¿Estás siendo honesta? ¿No será más bien que te encierras en tu propia y espléndida amargura y haces sufrir a las demás? Si no hubieras subido el ritmo, quizá habrían puesto el pescado a refrigerar y habría dado para dos turnos, y Hansine se habría podido ir a casa para hacer la colada y después descansar su espalda.

Tenía tan poca importancia que acelerara el ritmo. Tenía tan poca importancia...

Ingrid se fue hacia casa. No miró hacia atrás... para ver cómo iban las otras tres. Sabía que estaban hablando, con sus voces nocturnas, bajas y oxidadas, llenas de impotencia. Hablaban con monosílabos. Con agujón. Con dureza. Con mordaz animosidad. Contra ella, contra Ingrid. Pero ella se iba a llevar un buen dinero en el sobre del sueldo. Este mes podría responder. ¡De todo!

Pagaría a Rakel la tela de vestido que le compró aquella vez en Breiland.

En la tienda de Ottar los números se agolpaban bajo su nombre como el arenque en cardumen. ¡Ahora saldaría sus cuentas! Y aun así le quedaría bastante para ir a Bodø a visitar a Henrik, aunque no podría alojarse en ningún sitio la noche que tendría que pasar allí.

Una terquedad se había apoderado de Ingrid. Gracias a ella pudo subir las cuestas erguida y no se le pasó por la cabeza sorprenderse por ello.

Caminaba rápido, pero el ritmo no se le notaba. Estaba dentro de su propia cáscara. Cuando tocó el pomo de la puerta de su casa seguía igual de pálida que cuando dobló el delantal en la factoría.

Pasó un momento a ver a Tora e intercambió alguna palabra con ella.

—Estoy... cansada, me voy a acostar ya —dijo finalmente, sobre todo para acabar con la situación.

Ingrid entró en el salón con la gran cama vacía. No sabía si echaba algo de menos. Debía de estar demasiado cansada.

Luego corrió las cortinas y se lavó con agua fría para quitarse lo peor del olor a pescado. Ella creía conseguirlo.

Tora, acostada en la alcoba, se preguntaba por qué su madre no había cogido agua caliente de la cocina. La embargó una gran preocupación por ella, pero era como si esa noche no tuviera fuerzas para eso. Su corazón amenazaba con volver al estruendo. Se giró hacia la pared, intentó distinguir los nudos de las ramas del resto de la pared de madera sin pintar. Pero no tenía ningún sentido hacerlo.

Henrik tuvo que ir a presidio. Lo declararon culpable de incendiar tanto el edificio del muelle de Simon como los dormitorios. Lo segundo pesaba más, según se vio. Durante los interrogatorios había salido a la luz que Henrik sabía que había gente durmiendo en las casas. Siete personas en total podrían haber perdido la vida. La gente se quedó desconcertada cuando se supo que Rakel había testificado a favor del marido de su hermana, después de que Simon lo hubiera denunciado. Se hablaba de eso en voz baja y con ojos vivaces.

Como atenuante se alegó que el incendiario padecía prolongadas depresiones, que se manifestaban en el abuso del alcohol durante largos periodos de tiempo. Y que estaba bajo los efectos del alcohol cuando cometió los actos.

La gente de la Isla murmuraba y no sabía nada de las depresiones de Henrik. ¡Había excusas de sobra cuando se trataba de salvar a la escoria! ¡Depresiones! ¡El Henrik! Un loco y un ruin, eso es lo que era. Un parásito.

En la tienda de Ottar los hombres comentaban lo chulo que se había puesto el Henrik cuando, después del incendio, se comentó que Simon se había encerrado a lloriquear en el desván del telar. Se reían entre dientes y no daban crédito. Y, cuanto más despotricaban contra el miserable de Henrik y sus méritos, más parecía crecer Ingrid ante sus ojos. Se desenterraban historias de antes de que Ingrid y Henrik estuvieran juntos, que luego se alargaban y embrollaban en toda su amplia variedad. Había quien afirmaba que ya antes del casamiento se había dado cierto intercambio. Lo que no quedaba claro era si los que

habían estado juntos eran Ingrid y Simon o Rakel y Henrik. ¡Pero intercambio había habido!

En ocasiones, alguno de los hombres se enfadaba con otro porque este lo contaba mal. Y los demás se inmiscuían y la discusión avanzaba tan rápido como la mañana. En una cosa estaban todos de acuerdo: Henrik era y seguiría siendo un golfo. Y nadie entendía por qué Ingrid aguantaba a un tipo así en su casa. Porque había que ser justos. Aunque Ingrid hubiera tonteado con los alemanes y se hubiera agenciado una criatura, ahora era una buena mujer.

Rakel era astuta. ¡Mira que declarar a favor de aquel miserable! ¡Depresiones! En fin, solo la mujer de Simon era capaz de soltar palabras así de finas.

Simon andaba cavilando sin saber que era el gran héroe de la Isla. Tenía la impresión de que había comprado su último capital a un interés demasiado alto. Además estaba preocupado por Rakel, la mujer no estaba bien. Lo notaba por varios detalles. Ya no se reía a pleno pulmón. Por lo general permanecía sola. Y ya no se daba paseos por el Pueblo. Se excusaba diciendo que estaba cansada o atareada.

Simon entendía que era por el proceso contra Henrik. Para Rakel aquello era, en la misma medida, un proceso contra Ingrid. Era doloroso. De lo que había sucedido entre las dos mujeres Simon solo sabía lo que había visto con sus propios ojos. No era gran cosa. Y a Tora no la había visto desde que sostuvo en brazos su cuerpo tembloroso en el almacén de Tobias, después de salvar tanto a la niña como al hombre. Todavía lo recorría una sensación extraña y huidiza cuando recordaba la fuerza con la que la niña se había aferrado a él. ¿Quizá fuera porque no tenía hijos?

Habría sido mejor evitar el juicio. Pero una vez que había tenido lugar, no podían sino pasar por ello. Al final Rakel

había tenido razón cuando dijo aquello de: «Exactamente así es la gente. Prenden fuego».

¡Así era Henrik! No la mayoría de la gente. Pero eso ya era lo bastante malo. Simon quería hacer algo por Ingrid y la chiquilla, pero siempre se encontraba la puerta cerrada cuando quería hablar con su cuñada.

Se daba perfecta cuenta de que la mujer estaba en casa. Y de poco le servía no sentir ningún remordimiento por no haber protegido a Henrik ni haber retirado la denuncia. Ni podía ni quería dejar a un hombre así en libertad.

En el fondo de su corazón Simon, despreciaba ese tipo de actos y mantenía la distancia de ellos. Era completamente incapaz de comprenderlos. Simon, por lo general tan benévolo, había sido implacable.

La verdad tenía que salir a la luz.

El hombre solo podía culparse a sí mismo. ¿Acaso no estaba casado con una mujer excelente? ¿Es que no podía enderezarse como la gente normal? ¿Era la vida más difícil para Henrik que para los demás? Aquel hombre había desbaratado la convicción de Simon de que no había maldad donde él estaba, de que esta se mantenía en algún lugar lejano.

Le soltó a Rakel un largo y rabioso discurso sobre el asunto. No se percató de que su mujer permaneció inusualmente callada, para ser ella. Al final le había exigido que se mostrara de acuerdo con él. Pero ella se había limitado a mirarlo y a decir que, lo que decidiera hacer, tendría que ser asunto suyo. A continuación se había puesto a fregar los platos a furiosa velocidad.

Simon se había quedado de pie en medio de la habitación. Había caído en la cuenta de que Rakel no estaba del todo de acuerdo con que hubiera denunciado a su cuñado por incendiario. Y era incapaz de entender que estuviera en desacuerdo. ¿Acaso el hombre no se había declarado culpable? ¡Con una sonrisa en la boca, incluso,

ante el tribunal! Delante de Simon, del juez y de toda la sala. ¿No había tenido el hombre la desfachatez de confesar que sabía que había siete hombres durmiendo en las casas?! Simon no entendía a Rakel. Ella tenía sus propias leyes y su propia justicia.

Simon tenía la cabeza a rebosar. No era consciente de que en la Isla lo tenían por un magnífico héroe, por un hombre honrado y firme que se había alzado en toda su altura para enviar a su cuñado a la cárcel, porque la justicia era la justicia. La gente lo veía tan espléndido que hubo de qué hablar durante mucho tiempo y el otoño se les hizo menos frío y menos gris.

Iba a la nueva manufactura y controlaba un poco, daba alguna que otra orden. Tal vez la temporada siguiente estuviera a pleno rendimiento. Los hombres estaban convencidos de que era capaz de lo imposible.

Lo que había hecho tenía que estar bien. ¡Tenía que estarlo! Además, incluso si ella no hubiera dicho nada, el tío Simon seguramente habría entendido que el incendio lo había provocado él.

¿Vergüenza? ¿Por qué no se avergonzaba de que estuviera en la cárcel, igual que entendía que su madre sí se avergonzaba? ¿Sería porque ella tenía un padre en otro sitio? Muerto y enterrado antes de que ella naciera. Pero aun así. ¿O sería por lo mucho que se alegraba de sentirse a salvo de la peligrosidad de la alcoba? ¿Sería por eso que no sentía la menor vergüenza? Él no le incumbía.

Tora pasó por delante del gran escaparate nuevo de la tienda de Ottar. El hombre había ampliado su negocio y ahora el camino tenía que trazar una gran curva. La gente refunfuñaba y criticaba a Ottar por ser tan presuntuoso como para ampliar la tienda con el único fin de tener un escaparate en el que la gente pudiera ver sus mercancías, y por haberlo hecho tan mal como para que el camino tuviera que trazar una gran curva. Pero en el fondo les gustaba, estaban tan orgullosos del escaparate como si fuera suyo. Ahora Ottar vendía también ropa. Tenía expuestos unos jerséis de algodón de cuello alto y goma en la cintura. Con rayas de «exquisitos colores», como decía Ottar.

Y además acababan de llegar las cazadoras *teddy*, que eran reversibles. Ottar se arreglaba el tupé y daba la vuelta a las cazadoras, de modo que lo rojo quedaba por dentro y el forro gris y lanudo por fuera. Los botones cerraban también del revés y eso constituía todo un milagro.

Tora, de pie con la frente sobre el cristal, miraba hacia dentro. Quién pudiera tener una cazadora así.

Un día Sol y ella se habían atrevido a entrar para probársela. Era muy agradable y abrigada, y tenía tan buen olor...

A Sol no le quedaba bien, lo cual la alegraba porque así se ahorrraba pensar en eso, dijo. Pero Tora había visto sus ojos azul claro extendiéndose por su cara hasta perder los límites.

El cuerpo regordete de Sol la del Hormiguero. Ella misma se reía de él, así se evitaba que lo hicieran los demás. Todo lo que ganaba limpiando lo entregaba en casa. Tora lo sabía perfectamente, aunque Sol nunca lo mencionara. Elisif, que debería ejercer de madre, tenía bastante con cultivar a su Dios, así que Sol tenía que hacerlo todo también en casa.

Tora tuvo la sensación de ver la mano de Sol entreteniéndose con la chaqueta *teddy* del escaparate, como había hecho la tarde que se la probaron. Su pulgar fuerte y grueso le había resultado extrañamente fuera de lugar sobre la prenda nueva.

Era la misma mano que Tora había visto mil veces trabajando. La que sujetaba puntas de lápices mordisqueados cuando la chica se sentaba a hacer los deberes sobre la encimera de la cocina, con todas las sillas bien apartadas para que los pequeños no pudieran trepar hasta ella. Suciedad visible bajo las uñas. Siempre. No se debía a que fuera poco limpia, sino a que lo último que solía hacer Sol antes de ponerse con los deberes era fregar los suelos. Necesitaba que las cosas estuvieran en orden a su alrededor para poder concentrarse. En ese sentido se parece a mamá, pensó Tora.

El fregar las escaleras se agarra bajo las uñas. El sacar las cenizas. Se agarra bajo las uñas. El cargar con el carbón. El hacer fuego.

Todo se agarraba como la pena bajo las uñas de las manos trabajadoras. Por muy empedernidamente que Sol

se mordiera las uñas, siempre le quedaba suciedad.

Se le habían puesto aún más rojas, las manos, después de que dejara el colegio y se dedicara por entero a limpiar.

Pecas de color marrón claro le adornaban los brazos a partir de las muñecas, pero parecían fuera de lugar. Tenía la piel seca y agrietada. Agrietada y arrugada por la parte de arriba y lisa como las piedras del mar por la parte de abajo. Heriditas y rasguños por aquí y por allá. No como para mencionarlas o quejarse, no tan grandes como para taparlas con paños o tiritas. Simplemente estaban ahí... Las llevaba consigo fuera adonde fuese.

Y la cazadora no le quedaba bien. Ni al cuerpo ni a las manos. De pronto Tora sintió una incomprensible ternura por las manos de su madre y por las de Sol. Se parecía al sentimiento que tenía a veces cuando desenganchaba un pececillo del anzuelo y vacilaba un segundo o dos antes de arrojarlo de nuevo al mar, porque se preguntaba si estaría demasiado dañado para sobrevivir. Y después la idea se le quedaba dentro durante mucho tiempo. Tenía la sensación de ver al pez allá abajo, nadando en diagonal y coleteando con movimientos aturcidos e impotentes. Veía que se le había desgarrado toda la mandíbula. Veía que la astilla de una espina asomaba por la piel gris del pececillo. Pero era un pez tan pequeñito, una espina tan chica, y había tantos peces en el mar. Tantas manos. Tantas heridas mucho mayores.

De camino a casa Tora pasó por la casita en la que vivían Frits y Randi. Estaba a oscuras, así que no debían de estar en casa.

Él constituía su herida, la tenía bajo la piel. Frits. No solo porque fuera sordo y no pudiera hablar. Se debía más bien a que siempre pensaba en la peligrosidad cuando lo veía. Perdió a su amigo la mañana en la que salió corriendo y lo abandonó en los secaderos de pescado. Porque él no sabía.

Ni debía saber nunca que había sido el primero en tocarla después... de él...

Al final empezó a evitar los muelles y las inmediaciones de la casita en la que vivía Frits. Se había pasado el verano entre las piedras de las aguas poco profundas de la orilla del mar, mirando fijamente los islotes mientras el viento frío se colaba sin permiso bajo su desgastada rebeca, haciendo que saliera agua de sus ojos. Había algo a lo que no conseguía poner nombre.

No sabía qué era lo que más echaba de menos: si a Randi, los libros, la música... o a Frits.

Más tarde dejó de pensar en ello.

Algo nuevo se había añadido a sus pensamientos en lo que se refería a él. Era una especie de expectativa entumecida. Se había pasado el verano queriendo encontrárselo. Y a la vez no queriendo. Quería ir a su casa, sentarse a leer con la colcha roja sobre las piernas. Quería mirarlo, estudiar su cara cuando no estaba pendiente de ella. Pero al mismo tiempo... no quería. Ahora la vergüenza de su madre se había posado como una tapadera sobre todo ello. *Él* estaba en la cárcel y Tora ya no podía ir a casa de Frits. En realidad no debía ir a ningún lado.

A pesar de todo, cuando estaba sola, a menudo pasaba por delante. En los últimos tiempos tendía a estar siempre sola.

Ahora se había marchado a su escuela para sordos. Frits...

No regresó hasta Navidad. Randi se había encontrado a Sol y le había preguntado por Tora. Le había mandado saludos y recado de que tenía que pasar a visitarlos antes de que Frits se marchara. Iban a hacer una tarta... a celebrar una fiesta. Pero fue el día en que su madre regresó sola de la ciudad con el autocar de línea y Tora no se decidió a ir.

A partir de entonces hubo tantas cosas que no se decidió a hacer... Era como si no consiguiera arrancar. Simplemente deambulaba por el Pueblo y, cuando alguien la saludaba, le devolvía el saludo con la cabeza. Tora se preguntaba por qué todo el mundo se afanaba tanto por saludarla. Le dolía pensar que fuera porque sentían lástima por ella. Y las hormigas empezaban a corretearle por la espalda y el cuello. En ocasiones se ponía colorada como un tomate... aunque nadie la mirara.

Y además estaba su madre. Daba la impresión de que a Ingrid le disgustaba que Tora fuera a casa de la gente. Y a la chiquilla no se le pasaba por la cabeza ir a Bekkejordet.

Había terminado de bordar el mantel para la encimera de su tía mientras la madre estaba en el trabajo, pero lo había escondido bajo el colchón y no se decidía a llevárselo. Evidentemente podría haber ido sin que lo supiera la madre. Pero bastaba y sobraba con los muros que ya había entre ellas.

Hoy su madre la había mandado a Correos a buscar dos impresos nuevos para hacer un giro postal y, tan pronto como regresó, se había sentado a rellenarlos. Fue como si se desplomara sobre la mesa. Tenía un aspecto gris. Encorvado. Después se había acercado a la estufa y había tirado el impreso a las llamas. Se había colocado esa cara que rechazaba a las claras cualquier pregunta. A continuación había rellenado el otro impreso. Con rapidez y dureza, como si tuviera miedo de cambiar de opinión: «Por la tela de un vestido. 32 coronas. Para Rakel Bekkejordet».

Y Tora lo había llevado a Correos y había agachado la cabeza cuando Turid, la de la ventanilla, había mirado y remirado el impreso y le había echado una ojeada extraña a la cara antes de sellarlo. Había sido como si estuviera estampando un sello eterno sobre la tía Rakel, como si la marcara.

Tora había salido de Correos a hurtadillas. Aquello era peor que pedir a Ottar que le apuntara la compra o tener que escribir su nombre en el cuaderno de la leche. Sí, aquello era mucho peor. Era como si la gente pudiera ver su interior y el de su madre. Ver a través del abrigo y del vestido que llevaban la ropa interior sucia.

El metal que se había estampado contra el papel. El sello que expulsaba a la tía de los días venideros.

Los pies de Tora habían resonado huecos contra el suelo de baldosas. Intuía que se dirigía hacia el exterior. Olía a pegamento, polvo y dinero. Gruesos fajos entre los dedos de Turid. Ahora los billetes de diez coronas de la madre se encontraban al otro lado de las rejas. Y las dos monedas de una corona estaban frías y muertas y relucientes. Con un agujero en cada una.¹

Como si alguien hubiera perforado a la tía Rakel. Como si lo hubiera hecho la madre. ¡¿No lo entendía?!

La puerta se cerró a sus espaldas. La ventana estaba cegada por la suciedad y lo que traía el mar.

Tora deambuló por el Pueblo pensando obstinadamente en que la peligrosidad había sido expulsada de la alcoba. De ese modo consiguió que creciera su pequeña alegría. Tora pensó intensamente. Y así consiguió que Rakel y Simon y su madre volvieran a ser amigos.

Antes de volver a casa el día se había tornado bueno.

Había muchos gorriones en los charcos.

En el patio había una bicicleta con una red roja y un manillar reluciente.

¹ Las monedas de una corona noruega tienen un agujero en el centro. (*N. de la T.*)

Una tarde en la que Sol y Tora iban a buscar leche, dos chicos del Pueblo aparecieron por detrás de unas piedras. Se habían escondido en el único sitio en el que no había ni casas ni gente. No había allí contraventanas que se pudieran abrir ni madres que asomaran la cabeza para tomar partido. No había testigos y todas las posibilidades quedaban abiertas. Ole y Roy. Probablemente no habían olvidado la derrota en el patio del colegio, pese a todo el tiempo transcurrido desde entonces.

Las esperaban con las piernas bien separadas y las manos en los bolsillos. Sonreían bravucones. Sobre todo Ole. Estaban seguros de su victoria. No había nadie a quien chivarse.

—¿La niña de los ojos de la alemana ha salido a menear el cubo o qué? ¿Cuántos incendios has provocado hoy?

Ole se puso femenino y dio unos pasitos delante de Tora. Hacía tanto tiempo que no oía aquellos viejos insultos. Las palabras se abrieron paso hacia su interior. Se sintió como si alguien le hubiera tirado una piedra. A la cabeza. A la cara. A los ojos. Pero cerró la boca con fuerza y se quedó callada con todo su ser.

—¡Cierra la boca, pescador de mierda! —le gritó Sol echándose sobre él.

—¿Qué dice esta? ¿Ahora nos van a venir las del Hormiguero dándonoslas de algo? ¡Gorda sebosa! ¡Gorda idiota! ¿Cómo le va a tu madre? ¿Ha vuelto a casa igual de turulata?

A Sol se le nubló la razón. Era una adulta, ya había hecho la confirmación, y tenía una furia enorme y sagrada. Se

abalanzó sobre el granuja con el cubo de hojalata alzado, por suerte todavía estaba vacío. Arreó a Ole con todas sus fuerzas, le sacaba media cabeza. Los ojos de Tora se pusieron como platos. Nunca había visto a Sol llegar a las manos con nadie, por muy mal que se pusieran las cosas. Al contrario, ella era siempre la sensata, la que intervenía antes de que la sangre de la nariz llegara al camino. Ahora estaba como un toro furioso. Su pelo corto se había erizado como el del puercoespín del cuadro que colgaba en el pasillo del colegio. Tenía espuma en la comisura de los labios.

Pero la locura se apoderó también de los chicos cuando Ole se recuperó lo suficiente del golpe como para registrar lo que pasaba.

Tora comprendió que aquello iba a acabar mal. Eran dos contra Sol. Una gran superioridad.

Les gritó que pararan, pero ni la oyeron ni la vieron. Los chicos habían conseguido tirar a Sol al camino de gravilla. Uno de ellos le sujetaba los brazos mientras que el otro se había sentado sobre su tripa y le daba puñetazos en el pecho; ella gimoteaba.

Una vez acabada esa tarea, Ole le subió a Sol la falda corta de algodón por encima de los hombros y le enseñó a su compañero las delicias.

Tora, que había permanecido en la cuneta todo el rato, sin ánimo para hacer nada en absoluto, se sumergió de pronto en una niebla roja que la rodeó por completo. Aullando levantó el cubo y arremetió contra ellos.

Su cubo era de los antiguos, sólido y con un canto duro en la parte baja.

Jadeos sordos y burdos sollozos. Confió en que los chicos estuvieran encima. Trabajaba siguiendo una lógica sencilla: cuantos más golpes, más daño. Cuanto más rápido golpeará, más golpes.

Tora no había tenido la menor idea de que pegar te hiciera sentir tan bien.

En ese momento una mano se posó sobre su hombro, una mano fuerte que tomó el mando sobre el cubo, y una voz autoritaria dijo: —¡Ya está, cálmate, cálmate! Vamos a ver si queda algo de vida por aquí... Seguís vivos, ¿no?

¡El padre de Frits!

¿Pero no sonreía un poco? Ayudó a los chicos a levantarse. Ole tenía un feo corte sobre un ojo. El otro lo tenía cerrado y pegado. Lloraba intensamente, con ronquera. Los mocos y las lágrimas encontraron un hueco en el pañuelo de Monsen.

Roy había salido algo mejor parado. Sol tenía un feo arañazo en una rodilla, pero la victoria centelleaba en sus ojos. Todavía no era capaz de parar. Le puso la zancadilla a Roy y este cayó de bruces, cuan largo era, cuando ya se sentía salvado y libre. Aterrizó sobre la nariz. La cosa tenía mala pinta. Quiso vengarse de inmediato, pero Monsen agarró firmemente al chiquillo, mientras que Sol chillaba fuera de sí:

—¡Vamos, basura, vamos, pescador de mierda! ¡Te voy a dar hasta que no te queden dudas sobre quién es el más turulato del Pueblo! Venga, vamos, venga vamos... —le gruñía con hipo.

Los chicos empezaron a andar hacia las casas al final de la cuesta. Iban como perros apaleados, despacio y lastimosamente.

La batalla había terminado. Monsen se llevó a las chicas a casa, subieron todas las escaleras y entraron en el recibidor. Les vendó las heridas y fue soltando gritos de indignación a medida que le iban contando las historias. Cuando Randi preguntó qué insultos habían usado los chicos, se hizo el silencio. Aun así Monsen se puso incondicionalmente de parte de las chicas y dijo que los «granujas» se habían llevado su merecido.

Tora se había olvidado de que todo aquello ocurría en casa de Frits, hasta que de pronto vio al muchacho detrás de la puerta entornada. Se había marchado a su escuela para sordos. Ella lo sabía. Aun así, ahora estaba ahí y la miraba fijamente.

Y en ese momento comprendió cuánto le había echado de menos y hasta qué punto le había hecho daño. Cayó en la cuenta de que aquel chico mudo era un ser humano que en muchos sentidos estaba aun más solo que ella. Entendió que hasta entonces no lo había considerado como un ser humano de verdad, porque no podía hablar.

¡Nunca volvería a darle la espalda, nunca más dejaría que la peligrosidad lo expulsara! ¡Nunca! Frits era Frits. Y para ella era mucho más que solo Frits.

Lo vio tan claro y cristalino... Porque él no estaba allí, porque en la habitación había un enorme y doloroso vacío.

Y la tarde empezó a trepar por encima del marco de la ventana cuyas contraventanas estaban abiertas hacia un otoño fresco y meditabundo. Randi frío *creps* amarillos y aromáticos que luego rociaron con un montón de azúcar. El padre de Frits averiguó el nombre de Sol y de Tora. Él a su vez se llamaba Gunnar y tocó el acordeón hasta elevar el techo agrietado y sin pintar de la habitación. Y el paño sanguinolento sobre la rodilla de Sol, ese paño que no pegaba en absoluto con una chica que ya estaba confirmada (y que tenía pensado ir al baile el sábado siguiente por mucho que llorara Elisif), ese paño sanguinolento dio lugar a numerosas repeticiones de la historia de la pelea.

Randi aplaudía horrorizada, se reía y les pegaba empujoncitos.

Sin importarle la presencia de Sol, Tora se subió por vieja costumbre a la cama de Frits y se echó la colcha tejida sobre las rodillas pese a que la habitación estaba bien caldeada.

Se llevó a Frits a Berlín. La abuela los recibía a ambos con los brazos abiertos, los helechos tenían un verde jugoso y la verja estaba abierta. Y las rosas...

«Pregúntale a alguien qué es el amor y no será más que un viento que sopla entre las rosas...» Lo había leído en algún sitio. Era demasiado hermoso para ser verdad.

Se acordó de cómo se sentía antiguamente los miércoles. Cuando era más joven, casi pequeña, pero ya sabía leer. Debía de ser antes de la peligrosidad. (Se sorprendió de pensar así, exactamente como la gente que decía: «Antes de la guerra...»)

Antes de la peligrosidad, por tanto: cuando la madre llegaba a casa todos los miércoles con la revista *Hjemmet*. Traía una tira cómica sobre un tipejo que se llamaba Prikken. Era tan pequeño que cabía en una caja de cerillas. Y Tora tenía unos sentimientos muy cálidos hacia aquella criatura, no había nadie en todo el mundo tan pequeño como él. Quería quedárselo para siempre. Para siempre. Él formaba parte de las ilusiones que te podías hacer los miércoles. Y en una ocasión, abajo en el sótano donde hacían la colada, cuando su madre tenía los brazos hundidos en agua con jabón, le preguntó si no le podría regalar uno de esos Prikken. ¿No podría la madre escribir a *Hjemmet* y pedir que les enviaran uno? Se lo rogó y suplicó, aunque sabía que le estaba pidiendo la luna. Ya sentía la leve presión contra su mano y un débil cosquilleo en la piel de tanta alegría y bondad. ¿Sería eso amor? ¿Como un viento cálido? ¿O como las flores?

Tocar...

Levantaba la mano y acariciaba la mejilla de Frits. Deprisa. Y él la entendía y la perdonaba y no le guardaba rencor. No le preguntaba por sus motivos. Luego desaparecía.

Mientras tanto Randi charlaba con Sol, que estaba sentada de espaldas, y Gunnar tocaba el acordeón. La

música resonaba y se elevaba. La casa entera se elevaba. Y Tora se dejó inundar por la música y los buenos sentimientos hacia todo el mundo. Se aferró a eso. Como si en el fondo de su corazón supiera que aquello no podía durar.

Ese día Sol y Tora llegaron muy tarde con sus cubos al lugar de la venta de la leche. Solo quedaba leche desnatada. Pero aun así se rieron por lo bajo cuando colocaron las tapas.

El café del desayuno tenía un amargo olor a quemado. A Tora se le había hervido y apenas se atrevía a dirigir la palabra a su madre.

Ingrid andaba con los nervios por fuera de la ropa desde que había hecho el giro postal. Tora estaba esperando a que se le pasara. Se había acostumbrado a tener una paciencia especial para esas cosas. Mientras no estorbara o intentara obligar a su madre a hablar, por lo general la cosa iba bien.

Se acababan de sentar a la mesa con aquel miserable café cuando de pronto Rakel apareció en la puerta como una pequeña ventisca. Tenía la cara colorada como el fuego y en la mano derecha llevaba el impreso del giro postal. Como un mal presagio.

Ingrid se levantó de la silla de un salto y se quedó de pie con la boca y los ojos apretados. Sus puños se cerraron imperceptiblemente.

Después de cerrar bien la puerta, Rakel dio dos pasos hacia el interior de la habitación. Solo miraba a Ingrid.

Era como si Tora no estuviera en la habitación. La niña era invisible y se confundía con el mantel de hule de la mesa. Aquello era un ajuste de cuentas entre las dos. El tiempo trepó por la espalda de Tora. Al cabo de un segundo estaba empapada bajo los brazos.

Había sido Tora quien dijo «adelante» cuando llamaron a la puerta. Ahora las dos mujeres permanecían de pie y petrificadas. Nadie dijo «buenos días» y nadie comentó el tiempo. Fuera llovía a mares. Nadie invitó a Rakel a